DICVOL.2.I

BLACK AND WHITE



REVISTA BLACK AND WHITE PENSAMIENTO

3 5 4 6 8 9 5 0 1 8 7 8 4

BLACK AND WHITE

ESCUELA DE PENSAMIENTO

NETO TAROT

KALI-MA

1 Manufactura del consentimiento.

2 El que ve mucho al abismo se convierte en él.

3 El ocio, la joya del aprendizaje.

4 El ruido de la era digital.

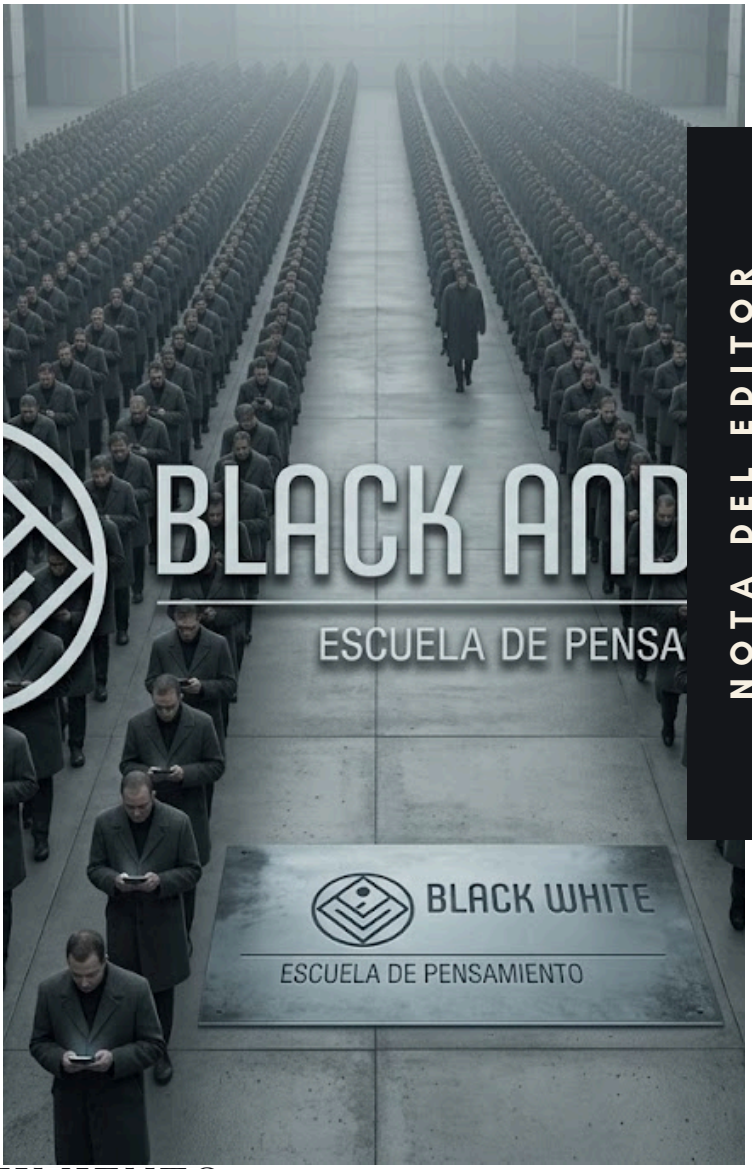
5 Proceso de adaptación a los tiempos.

6 Reflexión del mes.



ÍNDICE





NOTA DEL EDITOR

LA MANUFACTURA DEL CONSENTIMIENTO

No comienza en los gobiernos, en las religiones o en los medios de comunicación. Comienza mucho antes, en la manera en la que el ser humano aprende a comprender la realidad. Desde que nace, el individuo entra en una estructura construida previamente: una familia con ideas establecidas, una sociedad con normas definidas, una cultura con símbolos, creencias y conceptos que ya existían antes de que él pudiera cuestionarlos. Poco a poco, esas ideas comienzan a moldear su percepción del mundo hasta convertirse en parte de su identidad.

La palabra “manufactura” proviene de fabricar, construir, producir algo de manera organizada. Y precisamente eso ocurre con muchas de las ideas que el ser humano considera propias. Su forma de entender la moral, la política, la religión, el éxito, el bien y el mal no nace completamente desde él mismo, sino desde estructuras anteriores que fueron depositándose lentamente en su conciencia. Historias familiares, dichos antiguos, normas religiosas, educación estatal, costumbres sociales y narrativas culturales forman parte de esa fabricación del pensamiento.

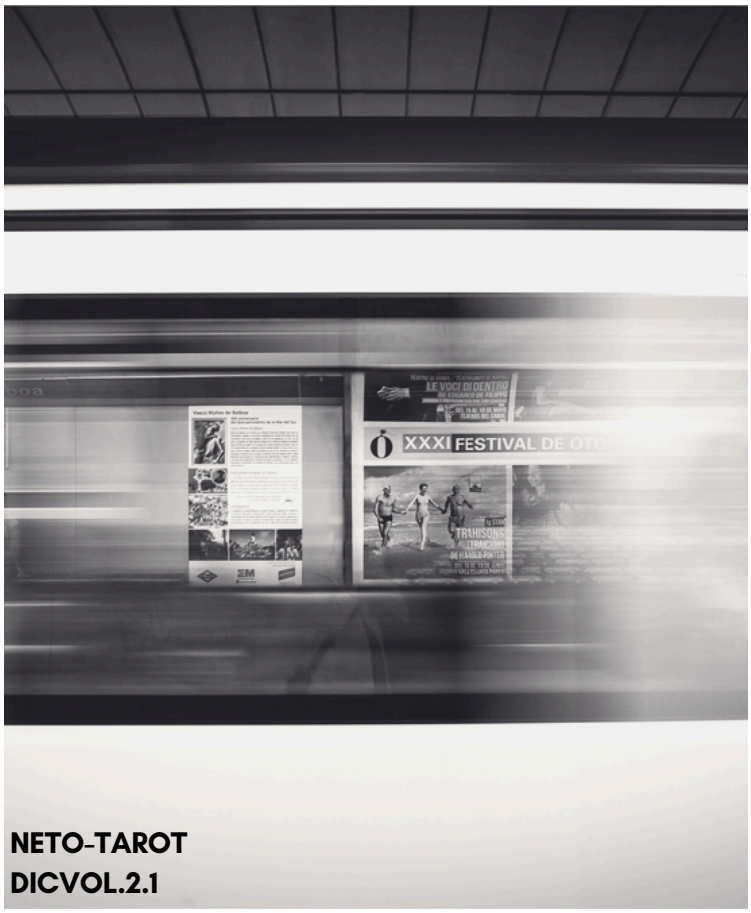
NETO-TAROT
DICVOL.2.1

Por eso el consentimiento no siempre es completamente consciente. Muchas veces el ser humano acepta ideas sin detenerse a preguntarse realmente de dónde provienen. Cree porque le enseñaron a creer. Repite porque aprendió a repetir. Defiende conceptos que nunca examinó profundamente, simplemente porque crecieron junto con él desde la infancia. Y aunque eso puede parecer negativo, no necesariamente lo es. Porque toda civilización necesita estructuras compartidas para sostenerse. Sin reglas, símbolos o valores comunes, la sociedad terminaría consumida por el caos.

El problema aparece cuando el ser humano deja de diferenciar entre verdad y costumbre.
Hay ideas que se mantienen vivas no porque hayan sido comprendidas, sino porque fueron heredadas. Y con el paso del tiempo, la repetición termina dándoles apariencia de verdad absoluta. Ahí es donde la manufactura del consentimiento deja de ser únicamente una construcción social y se convierte en una estructura espiritual. Porque incluso la manera en la que el ser humano entiende a Dios, el pecado, la salvación o la moral muchas veces está profundamente condicionada por la época, la cultura y el entorno en el que nació.

La religión ha sido uno de los mayores constructores de sentido en la historia humana. A través de ella se transmitieron principios, límites y formas de interpretar la existencia. Pero también, en distintos momentos, se utilizó para dirigir el pensamiento colectivo, ordenar sociedades y establecer estructuras de poder. Esto no significa que toda religión sea manipulación. Significa que el ser humano constantemente mezcla lo divino con sus propios intereses, miedos y necesidades de control.

Por eso existen personas que defienden ideas religiosas con absoluta intensidad sin haberlas comprendido realmente. Repiten doctrinas, frases o discursos enteros porque fueron incorporados desde generaciones anteriores. La fe deja entonces de ser búsqueda consciente y se convierte únicamente en repetición heredada. Y cuando la religión se vive solo desde la repetición mecánica, corre el riesgo de perder aquello que originalmente intentaba despertar: la conciencia. Las propias escrituras religiosas muestran constantemente esta tensión. En distintos relatos bíblicos, proféticos y sapienciales aparece una crítica fuerte hacia quienes convierten la espiritualidad en estructura vacía. Jesús confrontaba precisamente eso cuando criticaba a quienes seguían rituales externos mientras internamente permanecían lejos de la verdad. El problema nunca fue la existencia de normas espirituales, sino el uso inconsciente de ellas como sustituto de una transformación real.



NETO-TAROT
DICVOL.2.1







Porque el ser humano puede aprender perfectamente a obedecer sin comprender.

Puede repetir oraciones sin reflexionar.

Puede defender doctrinas sin cuestionarse.

Puede aparentar espiritualidad mientras internamente continúa gobernado por el ego, el miedo o la necesidad de aprobación social. Ahí es donde la manufactura del consentimiento se vuelve peligrosa. No porque exista enseñanza colectiva, sino porque el individuo deja de pensar conscientemente y entrega completamente su criterio a estructuras externas. La persona ya no busca comprender; únicamente busca pertenecer. Sin embargo, tampoco se trata de rechazar toda tradición, toda religión o toda enseñanza heredada. Hacer eso sería caer en otro extremo igualmente superficial. La verdadera madurez espiritual aparece cuando el ser humano es capaz de observar aquello que recibió, comprenderlo, cuestionarlo y finalmente decidir conscientemente qué tiene verdad y qué únicamente permanece por costumbre.

Porque la conciencia no debería vivir dormida dentro de ideas heredadas sin reflexión. Toda tradición contiene sabiduría, pero también interpretación humana. Toda estructura religiosa puede acercar al ser humano a lo divino, pero también puede convertirse en instrumento de control cuando la conciencia deja de participar activamente. Por eso el despertar espiritual no consiste únicamente en creer o dejar de creer. Consiste en observar con honestidad cómo fue construida la propia percepción de la realidad.

Y quizá esa sea una de las preguntas más incómodas que puede enfrentar el ser humano:

¿Cuántas de las ideas que considera propias realmente nacieron de él...

y cuántas simplemente fueron fabricadas dentro de su conciencia desde antes de que aprendiera a pensar por sí mismo?



EL QUE VE MUCHO AL ABISMO SE CONVIERTE EN ÉL.

El ser humano tiene una capacidad peligrosa: aquello que observa constantemente termina moldeando lentamente su conciencia. Los pensamientos repetidos, las emociones sostenidas y las ideas que ocupan continuamente la mente no permanecen únicamente como algo externo; poco a poco comienzan a convertirse en parte de la identidad. Por eso existe una frase profundamente incómoda: “Quien ve mucho al abismo, termina convirtiéndose en él.”

DICVOL.2.1 / NETO-TAROT



El problema no siempre es el dolor inicial. Muchas veces el problema aparece cuando la persona comienza a vivir completamente absorbida por aquello que la hiere. Hay dolores físicos que terminan ocupando toda la conciencia. Una lesión, un problema muscular, una enfermedad o una sensación constante de malestar empiezan siendo una experiencia real del cuerpo, pero poco a poco invaden también el pensamiento. El individuo se despierta pensando en el dolor, vive observándolo y duerme regresando mentalmente a él. Con el tiempo, la mente deja de percibir únicamente una molestia física y comienza a construir una identidad alrededor de ella.

Algo parecido ocurre con la ansiedad. La ansiedad no solo genera miedo; también genera obsesión sobre el propio miedo. La persona empieza observando una sensación incómoda, pero termina vigilando constantemente cada pensamiento, cada emoción y cada reacción de su cuerpo. Se analiza continuamente buscando señales de peligro. Y mientras más observa el miedo, más crece la percepción de amenaza. Poco a poco, la ansiedad deja de ser una experiencia pasajera y comienza a convertirse en el centro desde el cual la persona interpreta toda su realidad.

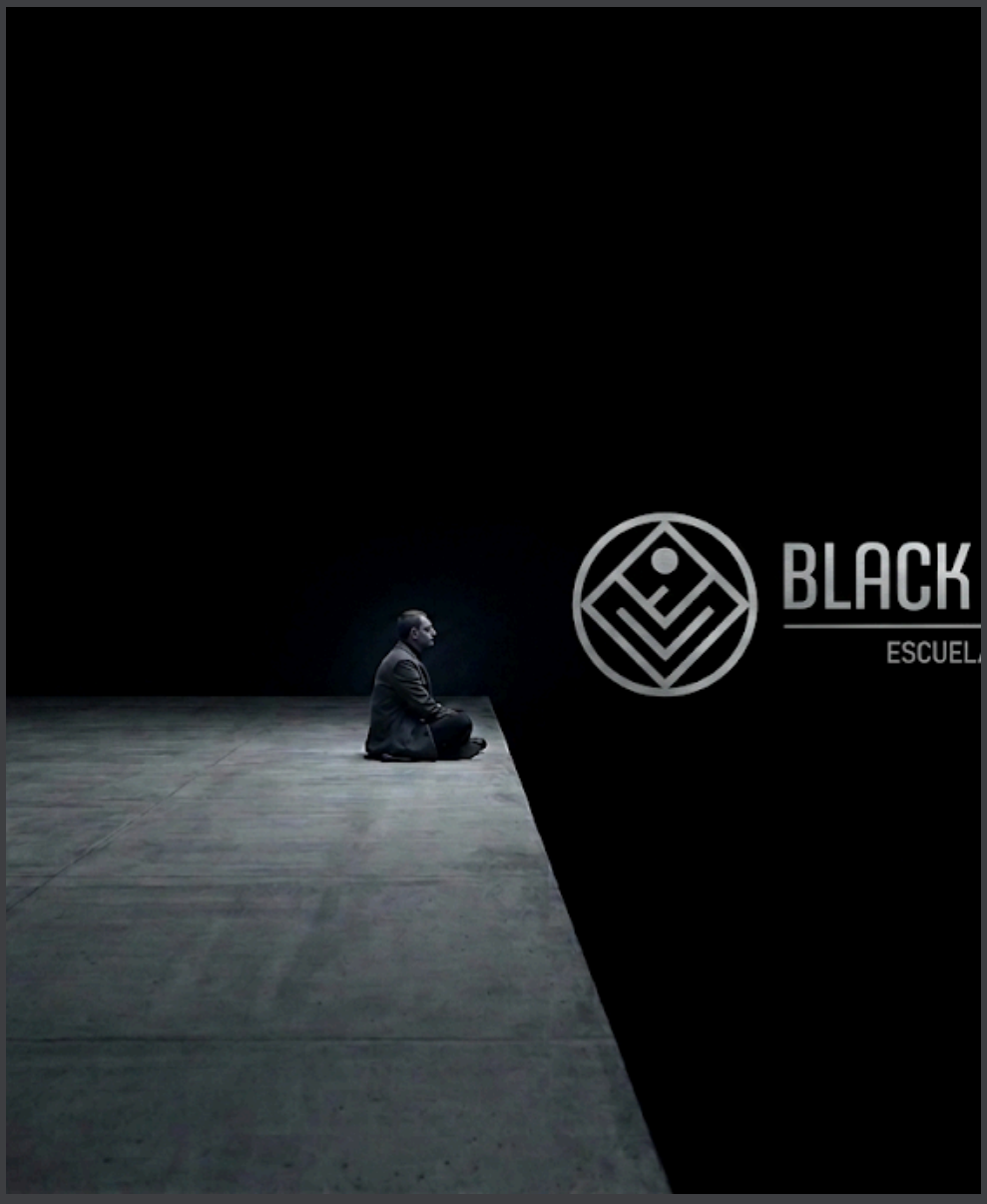
Ahí aparece el abismo. El abismo no siempre es oscuridad externa. Muchas veces es un estado mental donde el ser humano queda atrapado observando constantemente aquello que le consume. Y mientras más tiempo permanece mirando esa profundidad, más difícil le resulta recordar quién era antes de entrar en ella.

Pensar continuamente en la muerte puede producir algo parecido. Reflexionar sobre la finitud humana no es necesariamente negativo; de hecho, puede despertar conciencia, humildad y dirección interior. El problema aparece cuando el pensamiento deja de ser reflexión y se convierte en obsesión. La persona ya no contempla la muerte para comprender la vida, sino que comienza a habitar emocionalmente dentro de la idea de desaparecer. Poco a poco, el presente pierde fuerza. Todo se vuelve vacío, desgaste o desesperanza.

Es como si internamente dijera:
“aquí me quiero quedar.”

Y ese es el verdadero peligro del abismo. No que exista dolor, miedo o vacío, sino que el ser humano termine construyendo su identidad dentro de ellos. Porque aquello que se contempla demasiado tiempo termina modificando la percepción de la realidad. La tristeza constante puede deformar la manera de mirar la vida. El resentimiento sostenido puede transformar el carácter. El miedo repetido continuamente puede convertir a una persona en prisión de sí misma. Por eso el ser humano necesita aprender a observar sus heridas sin vivir completamente dentro de ellas.

El dolor existe.
La ansiedad existe.
La pérdida existe.
La muerte existe.



Negarlo sería ingenuo. Pero convertir cualquiera de esas experiencias en el centro absoluto de la existencia termina consumiendo lentamente la conciencia. La mente humana tiene una tendencia natural a profundizar aquello en lo que permanece demasiado tiempo. Y si constantemente habita en el miedo, el vacío o la desesperación, eventualmente comenzará a parecerse a ellos. Ahí es donde muchas personas se pierden. No porque hayan sufrido, sino porque dejaron de salir mentalmente de aquello que las hirió. El sufrimiento dejó de ser una experiencia y se convirtió en identidad. Ya no hablan desde sí mismas, sino desde la ansiedad, el dolor o el vacío que absorbió completamente su percepción.

Por eso mirar el abismo requiere conciencia. Porque existe una diferencia enorme entre confrontar la oscuridad y construir un hogar dentro de ella. La reflexión profunda puede despertar al ser humano. Pero la obsesión constante con aquello que destruye puede terminar deformándolo. Y mientras más tiempo alguien permanece atrapado dentro de esa profundidad, más difícil se vuelve recordar que todavía existe algo fuera de ella.

Tal vez por eso una de las tareas más difíciles de la vida no sea evitar el dolor...
sino atravesarlo sin permitir que termine definiendo completamente quién somos. Porque el problema no es mirar el abismo. El problema comienza cuando el abismo finalmente mira dentro de ti... y encuentra un lugar donde quedarse.

EL OCIO, LA JOYA DEL APRENDIZAJE

La sociedad moderna aprendió a moverse constantemente, pero olvidó detenerse. Vive atrapada entre horarios, productividad, pantallas, ruido y urgencia permanente. Todo debe avanzar rápido, producir resultados inmediatos y mantenerse en movimiento. El problema es que, en medio de esa velocidad, el ser humano perdió algo esencial: la capacidad de contemplar.

Hoy la palabra "ocio" suele entenderse como pérdida de tiempo, flojera o improductividad. Una persona que no está ocupada parece sospechosa dentro de una cultura que convirtió el rendimiento constante en símbolo de valor humano. Sin embargo, esa idea es completamente distinta al significado original que tenía el ocio en las antiguas tradiciones filosóficas griegas y romanas.

Para los griegos y romanos, el ocio no representaba pereza.

Representaba formación del alma.

La palabra latina otium hacía referencia al tiempo dedicado a la contemplación, la reflexión, el estudio, la filosofía y el desarrollo interior. Era el espacio donde el ser humano podía detenerse del ruido cotidiano para pensar profundamente sobre la existencia, el conocimiento y la vida. El ocio era visto como una actividad elevada porque permitía cultivar aquello que no podía desarrollarse en medio de la distracción constante.

Por eso muchos filósofos antiguos caminaban, meditaban, escribían o dialogaban largamente sin la obsesión moderna por "producir" algo inmediato. Entendían que la conciencia humana necesita silencio para comprenderse a sí misma. El pensamiento profundo rara vez nace en medio del ruido.

Curiosamente, de ahí también nace otra palabra importante: negocio.

La palabra negocio proviene de neg-otium, que literalmente significa "negación del ocio". El negocio representaba las actividades prácticas, comerciales y ocupacionales que alejaban al individuo del tiempo contemplativo. No era visto necesariamente como algo malo, pero sí como una dimensión distinta de la vida humana.

El problema es que la sociedad moderna invirtió completamente la relación entre ambas ideas.

Hoy el negocio domina todo.

El ocio desapareció.

La productividad se convirtió en identidad. El ser humano ya no descansa realmente; solo cambia de estímulo. Sale del trabajo para entrar al teléfono. Sale del ruido externo para entrar al ruido digital. Incluso en sus momentos "libres" continúa consumiendo información, entretenimiento o distracción constante. Ya no sabe permanecer en silencio consigo mismo.

Y eso tiene consecuencias profundas.

Porque cuando el ser humano pierde la capacidad de contemplar, también comienza a perder la capacidad de comprender. Su pensamiento se vuelve inmediato, superficial y reactivo. Ya no reflexiona: responde impulsivamente. Ya no observa: consume. Ya no construye interiormente: se distrae permanentemente para evitar el vacío.





Por eso muchas personas viven agotadas incluso sin realizar esfuerzo físico extremo. La mente nunca descansa realmente. Permanece saturada de imágenes, opiniones, noticias, redes sociales y estímulos constantes. El problema no es únicamente el exceso de información; el problema es la incapacidad de procesarla con profundidad.

El ocio antiguo permitía precisamente eso: crear espacio interno.

No para escapar del mundo, sino para entenderlo mejor.

Los grandes sistemas filosóficos, espirituales y científicos de la historia no nacieron únicamente de la actividad frenética. Nacieron también del silencio, la observación y la contemplación. El ser humano necesita momentos donde la conciencia pueda respirar sin presión constante de producir o demostrar algo.

Sin embargo, la sociedad actual teme profundamente al silencio.

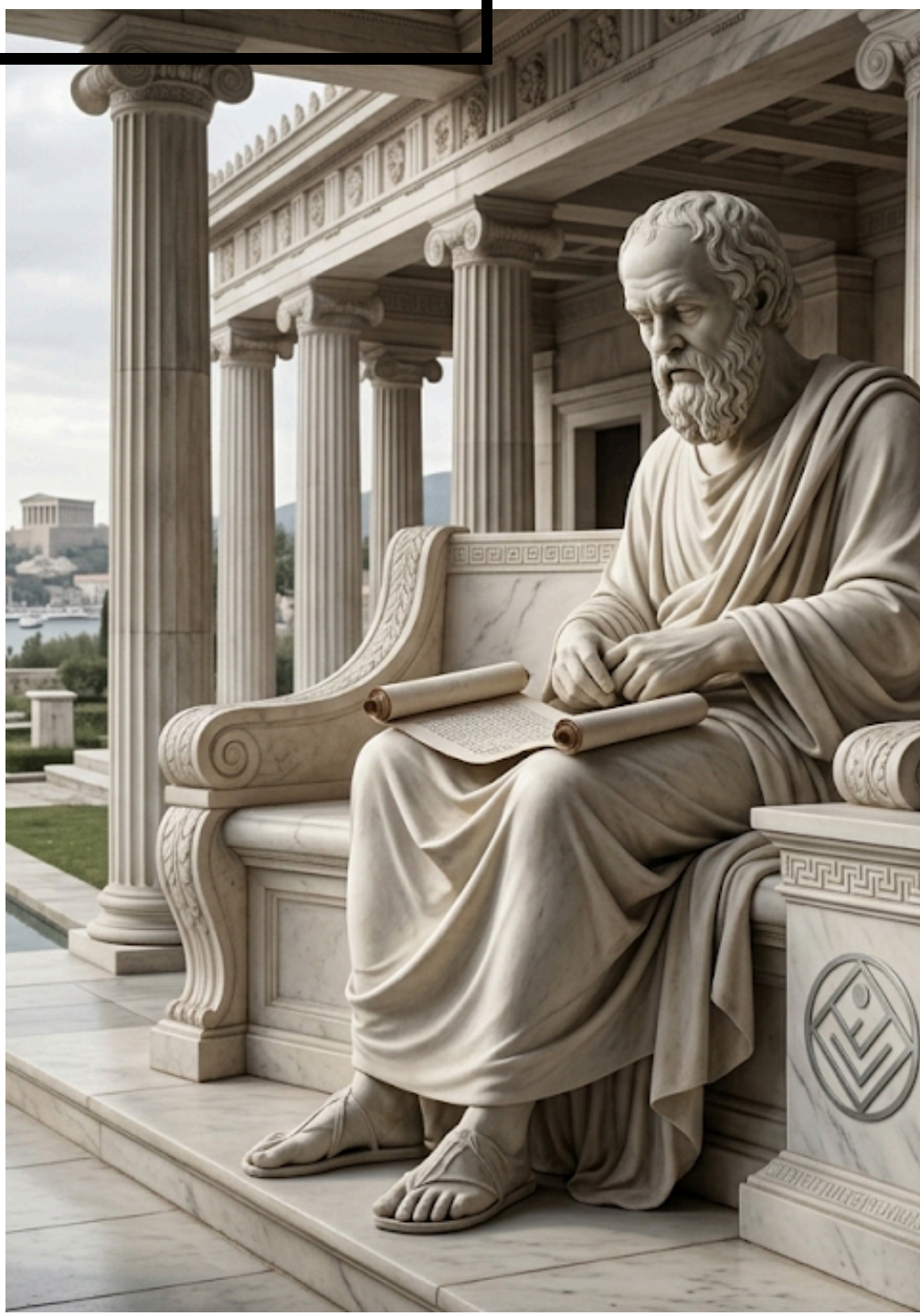
Porque en el silencio desaparecen las distracciones. Y cuando eso ocurre, muchas personas se encuentran consigo mismas por primera vez. Aparecen preguntas que normalmente permanecían enterradas bajo la rutina: ¿quién soy?, ¿hacia dónde voy?, ¿qué sentido tiene todo esto?, ¿realmente estoy viviendo o solo reaccionando constantemente?

Por eso el ocio auténtico resulta tan incómodo para la mentalidad moderna.

No porque sea inútil, sino porque obliga a pensar.

Y pensar profundamente puede transformar completamente la manera en la que el ser humano vive. Una persona que contempla deja de reaccionar automáticamente frente al mundo. Comienza a desarrollar criterio, dirección y conciencia propia. Ya no depende completamente del ruido externo para existir.

REVISTA BLACK AND WHITE



Tal vez por eso el ocio era considerado una joya.
No porque alejara al ser humano de la vida, sino porque le permitía regresar a ella con mayor claridad. Porque quien aprende a detenerse también aprende a observar. Y quien aprende a observar profundamente deja de vivir únicamente desde la prisa, el impulso y la distracción.
La tragedia de la sociedad moderna no es trabajar demasiado.
Es haber olvidado que el alma también necesita silencio para desarrollarse.
Porque el ser humano puede llenar toda su vida de actividad...
y aun así permanecer completamente vacío por dentro.



El ruido de la era digital

La humanidad nunca había estado tan conectada y, al mismo tiempo, tan distraída. El problema de la era digital no es únicamente la tecnología, sino el nivel de ruido constante al que el ser humano expone su mente todos los días. Pantallas, notificaciones, videos cortos, estímulos rápidos, información infinita y entretenimiento inmediato ocupan cada espacio de atención disponible. La conciencia moderna ya no descansa realmente; permanece saltando continuamente de un estímulo a otro.

Y en medio de ese ruido, algo comenzó a deteriorarse silenciosamente: la capacidad de pensar profundamente. Las redes sociales transformaron la manera en la que el cerebro consume información. Hoy millones de personas pasan horas observando videos de pocos segundos, desplazándose constantemente sin detenerse demasiado tiempo en nada. El problema no es únicamente el contenido, sino el patrón mental que ese hábito construye. La mente se acostumbra a recibir estímulos rápidos, recompensas inmediatas y cambios constantes de atención. Poco a poco, permanecer quieto, leer lentamente o reflexionar durante largos periodos comienza a sentirse incómodo.

El cerebro empieza a exigir velocidad. Y cuando la velocidad domina completamente la atención, la profundidad comienza a desaparecer. Por eso cada vez resulta más difícil para muchas personas concentrarse en una lectura extensa, sostener una conversación profunda o incluso permanecer en silencio sin necesidad de revisar constantemente el teléfono. La mente fue condicionada a buscar estimulación continua. Ya no tolera fácilmente la pausa, porque la pausa dejó de sentirse natural y comenzó a sentirse vacía.

Diversos estudios en neurociencia y psicología han mostrado que la sobre estimulación digital constante puede afectar procesos relacionados con la atención sostenida, la memoria de trabajo y la regulación de impulsos. El cerebro funciona parcialmente mediante sistemas de recompensa asociados con neurotransmisores como la dopamina. Cada notificación, cada video corto y cada estímulo inesperado genera pequeñas recompensas inmediatas que refuerzan el hábito de seguir consumiendo más contenido. El problema aparece cuando la mente se acostumbra únicamente a recompensas rápidas.

Porque actividades que requieren esfuerzo mental profundo —leer, estudiar, contemplar, escribir o simplemente pensar— dejan de generar el mismo nivel de satisfacción inmediata. La persona pierde tolerancia a la lentitud intelectual. Necesita cambio constante, entretenimiento permanente y estímulos cada vez más intensos para mantener la atención activa.

Algo parecido ocurre con el consumo excesivo de pornografía digital.

El problema no se limita únicamente a lo moral o emocional; también existe una dimensión neurológica importante. El consumo repetitivo de estímulos sexuales intensos puede alterar los sistemas de recompensa del cerebro debido a la liberación frecuente de dopamina. Diversas investigaciones han sugerido que la exposición excesiva a este tipo de contenido puede generar desensibilización progresiva, aumento de impulsividad y dificultades relacionadas con la atención, la motivación o la percepción de relaciones reales.

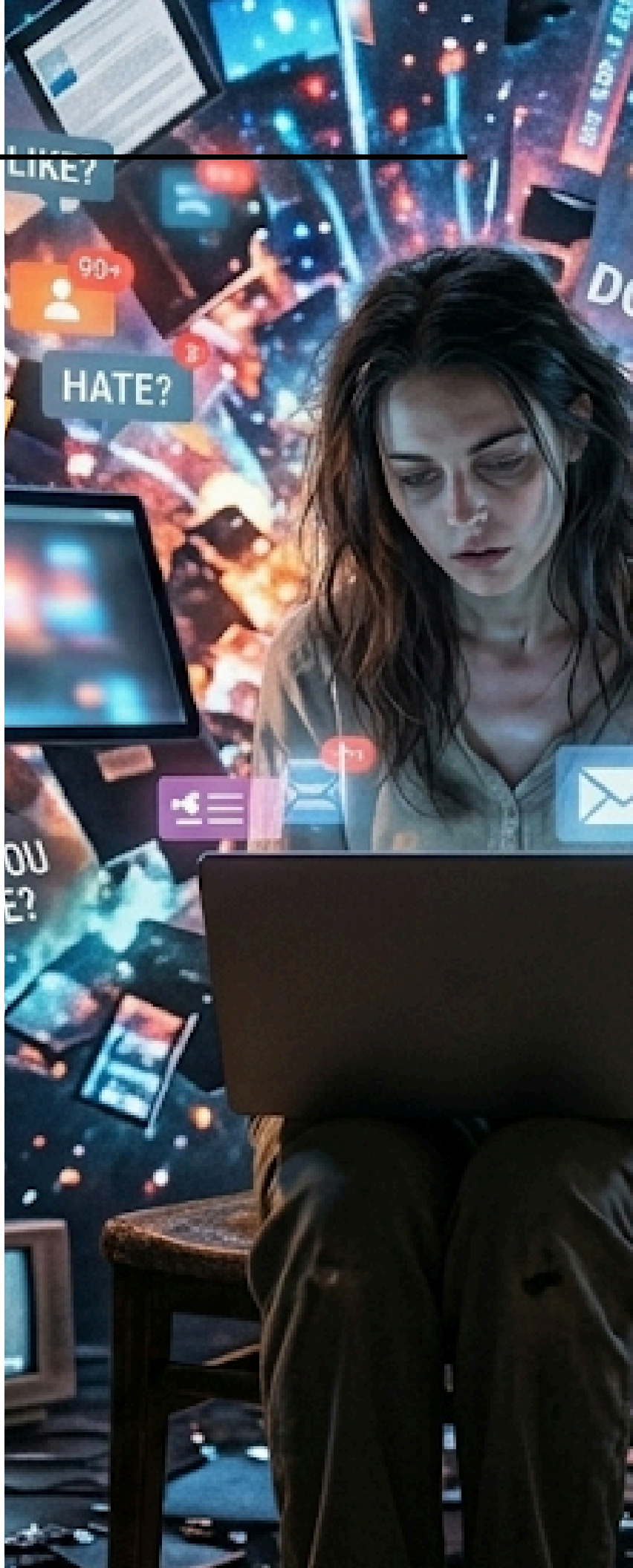
La lógica neurológica es similar: el cerebro se acostumbra a niveles altos de estimulación inmediata.Y mientras más se acostumbra a ellos, más difícil se vuelve encontrar satisfacción en experiencias humanas normales que requieren paciencia, profundidad y presencia real. Por eso el problema de la era digital no es únicamente tecnológico. Es espiritual y psicológico. El ser humano moderno vive híper estimulado, pero interiormente agotado. Consume enormes cantidades de información, pero cada vez comprende menos profundamente. Ve miles de imágenes, pero observa menos. Escucha constantemente ruido, pero casi nunca permanece el tiempo suficiente en silencio para escucharse a sí mismo.



La introspección comienza a desaparecer cuando la mente nunca deja de recibir estímulos. Y sin introspección, el ser humano pierde la capacidad de conocerse verdaderamente. Ya no reflexiona sobre lo que siente, piensa o desea. Solo reacciona continuamente a lo que aparece frente a él. Vive atrapado en ciclos rápidos de atención fragmentada donde todo dura segundos y nada permanece el tiempo suficiente para transformarse en comprensión real. Quizá por eso tantas personas sienten ansiedad cuando el silencio aparece.

Porque el silencio obliga a confrontar aquello que el ruido mantenía oculto. El problema es que la mente humana necesita espacios de quietud para organizarse. Necesita contemplación, aburrimiento, pausa y profundidad para desarrollar pensamiento complejo. Sin esos espacios, la conciencia se vuelve superficial, reactiva y dispersa. La persona termina sabiendo un poco de todo, pero comprendiendo profundamente casi nada. Y ahí aparece una paradoja moderna profundamente peligrosa:

Nunca hubo tanta información disponible... y nunca fue tan difícil sostener la atención el tiempo suficiente para comprenderla verdaderamente. Porque una mente constantemente distraída puede consumir contenido infinito... y aun así permanecer vacía de comprensión real.





·PROCESO DE ADAPTACIÓN A LOS TIEMPOS.

Durante mucho tiempo la humanidad creyó que la fuerza era únicamente una cuestión física. El más fuerte era quien dominaba, quien imponía su poder, quien tenía mayor capacidad de resistencia corporal o militar. Sin embargo, la historia humana demuestra constantemente algo distinto: no siempre prevalece el más fuerte físicamente, sino aquel que logra adaptarse mejor a las circunstancias del tiempo que le toca vivir.

La vida cambia continuamente. Cambian las sociedades, las tecnologías, las ideas, los sistemas económicos, las formas de relacionarse y hasta la manera en la que el ser humano interpreta la realidad. Y frente a esos cambios, muchas estructuras desaparecen no porque fueran débiles físicamente, sino porque fueron incapaces de transformarse. La rigidez termina quebrándose frente al movimiento de la historia.

Por eso la verdadera fuerza no es únicamente material.

Existe una fuerza mucho más profunda: la capacidad de adaptación interior.

El ser humano que logra adaptarse sin destruirse internamente es quien realmente permanece. No necesariamente el más agresivo, ni el más dominante, ni el que aparenta mayor poder externo, sino aquel que desarrolla flexibilidad mental, conciencia y fortaleza espiritual para atravesar los cambios sin perder completamente su centro.

La naturaleza misma funciona bajo ese principio. Muchas especies físicamente imponentes desaparecieron porque no pudieron responder a las transformaciones del entorno. Otras, aparentemente más frágiles, sobrevivieron gracias a su capacidad de adaptación. La permanencia nunca dependió solamente de la fuerza bruta; dependió de la capacidad de evolucionar frente al tiempo.

Algo parecido ocurrió con la imagen que durante décadas se construyó alrededor del hombre neandertal.

Durante mucho tiempo, llamar a alguien “neandertal” era tratarlo como bruto, salvaje o poco inteligente. La cultura popular creó la idea de un ser primitivo dominado únicamente por la fuerza física, casi incapaz de pensamiento complejo. Sin embargo, la ciencia moderna comenzó a desmontar lentamente esa visión simplista.



Los descubrimientos arqueológicos mostraron que los neandertales no eran criaturas irracionales. Fabricaban herramientas, cuidaban a sus enfermos, protegían a miembros vulnerables de sus grupos y enterraban a sus muertos. Existen indicios de que incluso desarrollaban símbolos, rituales y formas primitivas de expresión cultural. Poco a poco, la imagen del ser bruto empezó a transformarse en algo mucho más complejo y humano.

Eso revela algo importante sobre la historia humana: muchas veces el verdadero problema no es la falta de inteligencia, sino la incapacidad de comprender profundamente aquello que es diferente o pertenece a otro tiempo.

Los neandertales poseían fuerza física extraordinaria, pero la historia muestra que la fuerza corporal por sí sola no garantiza permanencia. El mundo cambia constantemente, y aquello que no logra adaptarse termina desapareciendo o siendo absorbido por nuevas estructuras. La evolución humana no avanzó únicamente por músculos o violencia, sino por aprendizaje, cooperación, lenguaje, conciencia social y adaptación cultural.

Y lo mismo ocurre actualmente con las personas.

Hay individuos físicamente fuertes, económicamente poderosos o socialmente influyentes que se derrumban completamente cuando las circunstancias cambian. Una crisis económica, una enfermedad, una pérdida afectiva o un cambio social pueden destruir identidades construidas únicamente sobre poder externo. Porque toda fuerza basada solo en lo material depende demasiado de condiciones temporales.







La fortaleza espiritual funciona diferente.

No significa religión superficial ni discursos vacíos de motivación. Significa capacidad interior para enfrentar el cambio sin perder completamente la dirección. Significa aprender, transformarse, reconocer errores y reconstruirse cuando la realidad obliga a hacerlo. El ser humano espiritualmente fuerte no es quien nunca cae; es quien logra adaptarse sin quedarse atrapado en la destrucción.

Por eso muchas personas sobreviven emocionalmente a escenarios que parecían imposibles. No porque tengan más poder físico o material, sino porque desarrollaron resistencia interior. Aprendieron a moverse con el tiempo sin abandonar completamente su conciencia.

La adaptación no es traicionar la esencia.

Es comprender que la vida cambia constantemente y que permanecer inmóvil frente al movimiento del mundo puede convertirse en una forma silenciosa de autodestrucción. Quien no aprende a transformarse termina viviendo atrapado en estructuras que ya no existen.

Tal vez por eso la verdadera evolución humana no consiste únicamente en desarrollar más tecnología o más poder externo.

Consiste en desarrollar conciencia suficiente para atravesar los cambios del tiempo sin perder aquello que nos hace verdaderamente humanos.

Porque al final, la historia rara vez recuerda únicamente al más fuerte.

La historia termina perteneciendo a quienes aprendieron a adaptarse sin dejar de evolucionar interiormente.

Los paisajes son especialmente

REFLEXION DEL MES

Vivimos en una época donde el ruido se convirtió en normalidad. Las pantallas nunca descansan, las opiniones nunca se detienen y la mente humana rara vez permanece el tiempo suficiente en silencio como para escucharse realmente. Todo avanza rápido: la información, las emociones, las discusiones y hasta la manera en la que consumimos la realidad. El problema es que, mientras más estímulos aparecen, más difícil se vuelve comprender profundamente aquello que estamos viviendo.

Este mes no habló únicamente de tecnología, ansiedad o distracción. Habló de algo más profundo: la pérdida gradual de la conciencia contemplativa.

La manufactura del consentimiento nos recordó que gran parte de nuestras ideas no nacieron completamente desde nosotros mismos. Muchas fueron heredadas, repetidas y absorbidas lentamente hasta convertirse en identidad. El ruido de la era digital mostró cómo la mente moderna vive atrapada en estímulos constantes que fragmentan la atención y reducen la capacidad de pensamiento profundo. El abismo nos enseñó que aquello que contemplamos continuamente termina moldeando nuestra conciencia. Y el ocio filosófico nos recordó algo que la modernidad olvidó: el alma también necesita silencio para desarrollarse.

Por eso Ganesha funciona como símbolo perfecto para este cierre.

En la tradición hindú, Ganesha representa la remoción de obstáculos, pero muchas veces el mayor obstáculo no está afuera: está dentro de la propia mente. El ruido, la hiperestimulación, la dependencia constante de información inmediata y la incapacidad de permanecer en silencio terminaron alejando al ser humano de sí mismo. La mente moderna consume demasiado, pero contempla muy poco.

Y cuando desaparece la contemplación, también comienza a desaparecer el discernimiento. El problema no es únicamente la existencia de información falsa, manipulación social o distracción digital. El problema aparece cuando la conciencia pierde la capacidad de detenerse a observar profundamente. Porque una mente agotada por el ruido deja de cuestionar. Solo reacciona. Consume. Repite. Se mueve de estímulo en estímulo sin llegar realmente a comprender nada con profundidad. Tal vez por eso tantas personas se sienten vacías incluso estando constantemente entretenidas. Porque la distracción puede ocupar el tiempo, pero no necesariamente construye significado. El ser humano moderno aprendió a llenar cada espacio de silencio, pero olvidó que precisamente en el silencio nacen muchas de las preguntas más importantes de la existencia.
¿Quién soy cuando dejo de distraerme?
¿Qué ideas realmente son mías?
¿Estoy pensando conscientemente o solo reaccionando a lo que el mundo coloca frente a mí?
¿Estoy desarrollando criterio… o únicamente consumiendo estímulos?
Estas preguntas incomodan porque obligan a detenerse. Y detenerse se volvió difícil en una cultura que convirtió el movimiento constante en símbolo de valor humano.
Pero quizá el verdadero crecimiento no siempre ocurre en la velocidad.
A veces ocurre cuando la mente deja de correr.
Cuando el ruido disminuye.
Cuando el teléfono se apaga.
Cuando desaparece el exceso de información.
Cuando el ser humano vuelve a observarse sin distracciones.
Ahí comienza nuevamente la conciencia. Por eso esta reflexión no es un rechazo absoluto a la tecnología, a la sociedad o al conocimiento moderno. Sería ingenuo pensar que el problema se resuelve escapando del mundo. El verdadero reto consiste en aprender a habitar esta época sin permitir que el ruido destruya completamente la profundidad interior.

Porque la adaptación al tiempo moderno no debería significar perder la capacidad de pensar.

La verdadera inteligencia no consiste únicamente en consumir más información, sino en desarrollar suficiente claridad para discernir qué merece permanecer dentro de nuestra conciencia. Y tal vez esa sea una de las tareas espirituales más difíciles de nuestra época: aprender a proteger la mente en un mundo diseñado para fragmentarla constantemente.

Ganesha no aparece aquí como símbolo religioso superficial. Aparece como representación de la inteligencia consciente que remueve obstáculos internos. Y quizá el obstáculo más grande de esta generación no sea la falta de información…
sino la incapacidad de permanecer el tiempo suficiente en silencio para transformarla en comprensión real.



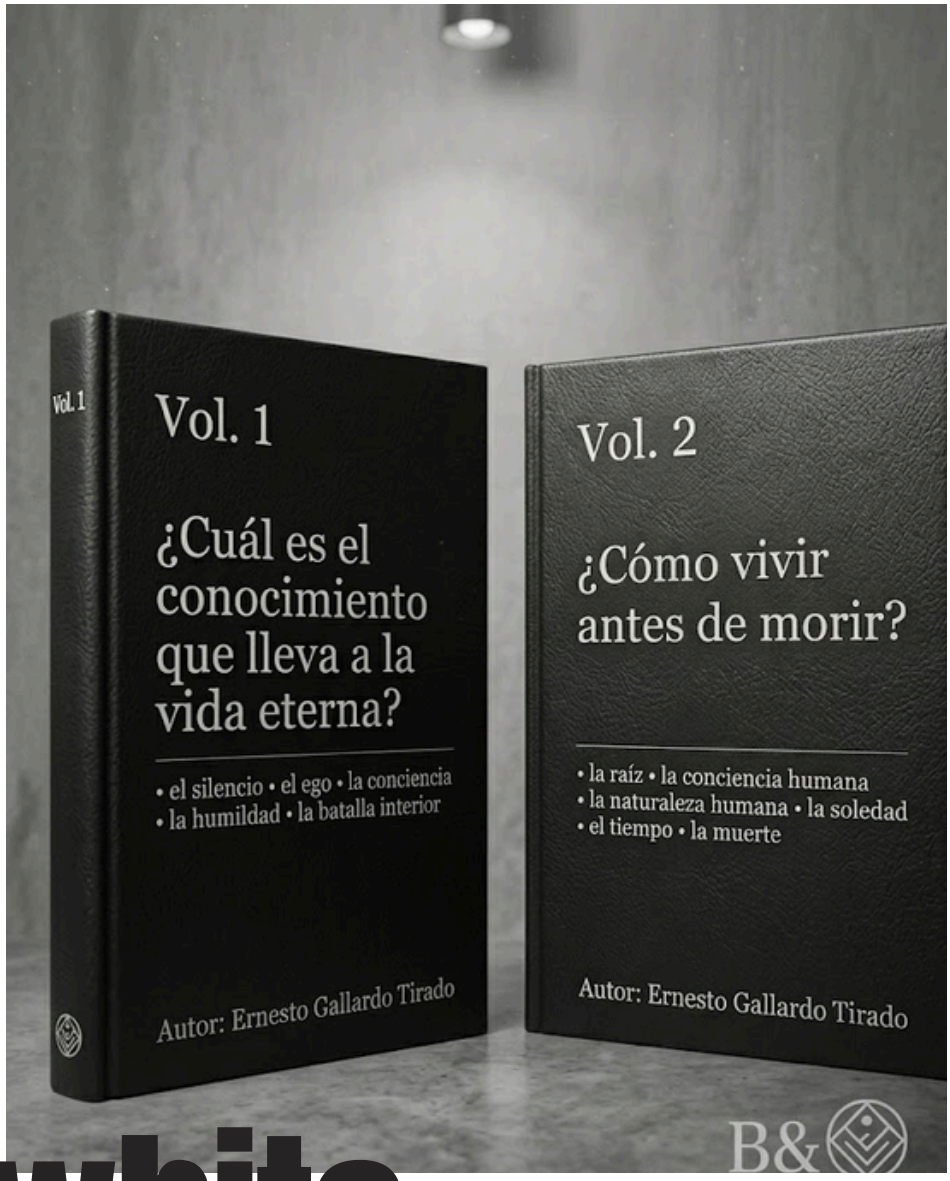
ERNESTO GALLARDO TIRADO



UNIVERSO
VISUAL.







black & white

Black and White – Revista Espiritual.
Volumen 2· Número 1 · NOV. 2026
Fundador: Ernesto Gallardo Tirado
NETO-TAROT Black & White · México
instagram@netotarot

neto tarot

REVISTA

DICVOL.2.1

BLACK AND WHITE

